

Rafael Alberto Arrieta

## Recuerdos de Armando Donoso <sup>(1)</sup>



AS generaciones literarias de Chile y la Argentina, que suelen ser llamadas del Centenario—por su florecimiento en torno a la fecha secular de la revolución emancipadora en ambos países—, iniciaron en 1914 una aproximación espiritual que parecía afanosa de borrar los resquemores del grave conflicto internacional que hubo de ensangrentar a sus pueblos, y de reanudar, en la comunidad de ideales americanistas y en el destino de la contigüidad geográfica, una amistad fraterna, de hondas raíces históricas. La iniciativa correspondió, en verdad, a nuestros vecinos, integrantes de un movimiento sin precedentes en el siglo anterior. La sequedad de aquel siglo—ya señalada por el historiador español de la poesía hispanoamericana—no había logrado ser redimida, en momento alguno, por una sola obra valiosa de imaginación. País de graves juristas y de historiadores sin poesía, Chile, jardín polícromo entre las rocas y el mar, parecía negar al espíritu los ornamentos de su tierra. La residencia de un iluminador como Rubén Darío, de 1886 a 1889, señalada por tres

---

(1) Por considerarlo de especial interés y en recuerdo de Armando Donoso reproducimos de «La Razón» de Buenos Aires, este emocionado artículo de Rafael A. Arrieta.

manojos líricos, el último de los cuales fué «Azul», no agregó colores. Siete años más tarde, un libro ni común ni excepcional, «Ritmos», del poeta chileno Pedro Antonio González, aparecido después de una cruenta revolución política y antes de un alistamiento bélico de la nación entera, no alcanzó a influir en la transición que prometía al último lustro del siglo.

La nueva centuria amaneció serena y clarificada, y el canto y la narración surgieron a la luz como de una mañana genesíaca. Brotes del preciosismo modernista que ya había recorrido América y ecos del realismo eslavo que contagiaba al mundo, ansias de expresión vernácula y credos de humanitarismo social, tienen voz nueva. Buenos Aires influyó con tres libros finiseculares: «Prosas profanas» (1896), «Las montañas del oro» (1897) y «Castalia bárbara» (1899). Se fundaron revistas, se copiaron actitudes y maneras. Al cumplirse el primer decenio ya había pasado el hervor y envejecían las posturas. Fué entonces cuando apareció la generación del Centenario, menos ruidosa, más reposada, apenas corporativa dentro de la coincidencia de orientaciones individuales, aunque reconocible en su fisonomía de conjunto, y dueña de una depuración inicial en el sentimiento y en la forma, que siempre es legado de quienes, así fuere por el simple hecho de transitar, desbrozaron el camino.

Como algo semejante, sin olvidar evidentes diferencias, ocurriera entre nosotros, los jóvenes autores de uno y otro lado de la cordillera sintiéronse atraídos por simpatías y concordancias de aquella hora feliz; el vínculo epistolar estrechó en varios casos un afecto naciente, y largos años de asidua correspondencia prueban hasta qué punto son perdurables y fecundas esas amistades que a veces interrumpe la muerte sin que el destino les haya otorgado un solo apretón de manos. Como el recuerdo personal suele ser un colaborador anticipado de la historia, al mío apelo en este cómputo para aportar su contribución: entre 1914 y 1917 recibí, con dedicatorias cordiales, la media docena de libros de Pedro Prado; la primera novela de Eduardo Barrios,

«El niño que enloqueció de amor», y un volumen de su teatro: «Las pagodas ocultas», de Vicente Huidobro; «Por los caminos» de Carlos Mondaca; «Los poemas de la serenidad» y «El árbol ilusionado», de Ernesto A. Guzmán; la inolvidable revista «Los Diez» y los esmerados volúmenes—cuentos, novelas, antologías—de sus ediciones alternadas. Gabriela Mistral, la gran voz revelada en 1915, dirigía un liceo de niñas en Punta Arenas y solía reproducir composiciones de la moderna lírica argentina en una revista local; vino a mis manos, con un saludo marginal de su pluma, el número en que transcribiera estrofas mías.

Entre aquellos envíos, llegáronme, desde un comienzo, los de Armando Donoso. Su primer libro, «Los nuevos», de amplia difusión por pertenecer a la popularísima editorial valenciana Sempere, fué oportuno y excelente guía de la moderna literatura chilena, a pesar de que se limitaba a pocas figuras; pero en las apreciaciones generales abarcaba la renovación del siglo. El joven crítico trasuntaba el entusiasmo, la fe y las esperanzas de aquella hora espiritual, en una prosa vehemente, de facilidad periodística, afianzada por un efectivo conocimiento de las corrientes estéticas europeas. El nombre de Armando Donoso no tardó en hacerse grato y frecuente en nuestro medio intelectual. La «Revista de Filosofía», dirigida por el doctor Ingenieros y «Nosotros», publicaban sus estudios; de Chile recibíanse periódicos y revistas en que comentaba los libros argentinos con amistosa resonancia; su letra corrida y clara llenaba el margen de un diario o la hoja de un foliето suyo con misivas apresuradas a los amigos distantes. Cuando solicité su colaboración para una revista que yo iba a dirigir en La Plata, la respuesta, casi a vuelta de correo, me permitió ofrecer en el primer número su ensayo «Al margen de Edgar Poe». Meses después—septiembre de 1918—la inauguración del monumento a O'Higgins en Buenos Aires contó con la asistencia de una escogida representación del gobierno de Chile, presidida por el senador don Gonzalo Bulnes. La prensa de Santiago se asoció



a los actos de confraternidad y cinco periodistas integraron la comitiva; uno de ellos fué Armando Donoso, secretario de redacción de «El Mercurio». Dos grandes banquetes, el de los escritores y el del Círculo de la Prensa, testimoniaron al ya ilustre crítico la simpatía de sus colegas argentinos. En poco más de un lustro, su laboriosidad pujante le había dado renombre y autoridad en América. Libros y opúsculos, artículos y conferencias, mostraban la provechosa diversidad de sus lecturas y la múltiple penetración de un espíritu simultáneamente solicitado por la literatura, la historia, la filosofía y la ciencia. Quienes le conocimos entonces, confirmamos la impresión de su extensa cultura y de su aptitud comprensiva. De estatura pequeña, con grandes ojos tranquilos y alta frente ceñida en una sien por lacio mechón, muy pulcro y esmerado en el vestir y de natural mesura y corrección en el trato, la presencia no respondía a la imagen que hubiéramos podido formarnos en su obra, en su producción cambiante, impetuosa, precipitada, con frecuencia de forma negligente y en ocasiones de trabazón confusa, aunque siempre cálida, comunicativa y como gozosa de ser útil.

Los años siguientes la acrecieron. El crítico chileno aumentaba su galería de figuras americanas, estudiaba a novelistas europeos, se deslizaba por las urdimbres de la metafísica y de la estética, reconstruía la juventud chilena de Darío, editaba y acotaba a autores de su país, y aun extranjeros. ¿Cuándo se debilitó el ritmo de esa actividad? Sobrevino un largo silencio en nuestra correspondencia. Armando Donoso caíaba para las letras y para sus amigos. Por su hermano menor, Ricardo, biógrafo de los historiadores de Chile y director del Archivo Nacional de Santiago, supe que lo absorbía la subdirección de «El Mercurio». En junta secreta de 30 de junio de 1938, la Academia Argentina de Letras lo eligió miembro correspondiente, por unanimidad, y en carta del 9 del mes siguiente, me pidió que agradeciera en su nombre aquel honor. «Yo que soy hombre escasamente protocolar—me decía—no sé cómo agradecer esto si no

lo hago por el intermedio de usted». Y en párrafos centrales de la carta, recordaba: «Aunque soy hombre hurraño que deliberadamente he vivido alejado de las corporaciones intelectuales, en este caso me siento harto complacido. Las razones son obvias: he mirado siempre las cosas argentinas como las propias. Por la simpatía que me atrae hacia su admirable país, todo lo que de allá me venga me ha de encontrar complacido. Los hechos de mi vida hablan mejor que estos mis agradecimientos de hoy: en mi modesta labor literaria, parte no pequeña está consagrada a escritores o publicistas trasandinos: Sarmiento, Mitre, Alberdi, Ingenieros, Lugones; y si me fuera dable hacer el recuento de todo lo que he escrito en «El Mercurio» y en las revistas de aquí, sería más de un centenar el de los artículos consagrados a los libros argentinos». En dos o tres ocasiones posteriores volví a recibir líneas suyas, afectuosas y apremiadas como todas. Mi viaje a Chile, a mediados de enero de 1945, saldaría con un abrazo todos los silencios epistolares.

La misma tarde de mi llegada a Los Cerrillos fui a la redacción del gran diario. Me acompañaba Ricardo Donoso. Se nos dijo que el subdirector había salido de la ciudad el día anterior, a descansar por una temporada... Eduardo Barrios, el celebrado novelista a quien acababa de conocer personalmente allí mismo, después de treinta años de amistad epistolar, me advirtió que el veraniego mes de enero dispersaba a buen número de santiaguinos; y a los pocos días, antes de mi partida a Viña del Mar, me adelantó como presidente de la Sociedad de Escritores, que a mi regreso nos reuniríamos en torno a una mesa con los que pudiese hallar en la capital. Creí haberlo disuadido, puesto que estábamos en mes de respetar el doble derecho de todos a la fuga y a la reclusión; pero en la primera noche de febrero me condujo al restaurante «La Bahía», donde ya nos esperaban nueve comensales. Sólo faltaba Armando Donoso para completar el número previsto, y se desconfiaba de su asistencia prometida. Comentóse su habitual retraimiento; no concurría a reuniones

de ninguna clase y quien necesitase verlo debía acudir a su torre de vigía nocturno. Pero una exclamación del grupo anunció jubilosamente la entrada del que yo esperaba...

Nuestra mesa redonda de doce cubiertos permitió la charla concéntrica, de círculos elásticos sucesivamente renovados por el ingenio. A menudo, fraccionábase en segmentos rumorosos. Acompasando los trozos de «La gran vía», que ejecutaba la orquesta, Barrios proclamaba, a mi derecha, el enardecimiento de la sangre que le provocaba siempre la música zarzuelera; Roberto Meza Fuentes me informaba, desde un cuadrante próximo, sobre las conferencias que daría pronto en Perú y Ecuador; a mi frente, Edwards Bello contaba algo sabroso que festejaban sus vecinos Julio Lagos e Isaac Echeagaray; una observación sagaz de Raúl Silva Castro congregó fugazmente la atención del «zodiaco», según dijo alguien; el novelista Januario Espinoza y los poetas Préndez Saldías y Lagos Lisboa volvieron a su trío con sor-dina. Armando Donoso estaba a mi izquierda y tenía a su lado al escritor y diplomático don Miguel Luis Rocuant. Al verlos juntos recordé la dedicatoria de un libro juvenil del primero, «La sombra de Goethe»: «Muchas veces, antes de escribir alguno de los estudios de este libro, los hemos pensado juntos en el calor de la charla. Hay algo, pues, de su espíritu en estas páginas...» Mi recuerdo avivó en ellos el de sus lecturas comunes en días lejanos y el de algunos educadores alemanes que habían actuado en Chile. Con velada ternura, Donoso evocó sus días de estudiante en institutos de Alemania, a comienzos del siglo. Viajero apasionado, hacía mucho tiempo que sus tareas periodísticas lo tenían amarrado en su rincón. Un viaje a la Argentina restauraría sus fuerzas... Si para algo deseaba descansar, me dijo, era para volver sobre sus estudios y sus innumerables apuntes y dar término a la historia de la literatura chilena, su obra capital.

Nos levantamos de la mesa antes de medianoche, y mientras caminábamos en apiñado grupo hacia mi hotel, la hermandad chilenoargentina halló su instante para afirmar, sin retórica



de banquete, la unión de los espíritus y la solidaridad de los destinos sociales en un mundo caótico y ensangrentado. Aquella necesidad de expresar una aspiración entrañable, pareció fluir repentinamente del aire que respirábamos. En el umbral del Crillón y en el momento de la despedida, Joaquín Edwards Bello valiéndose de la presencia ocasional de un viajero argentino que al día siguiente volvía a su patria, para traducir en palabras de exaltación y franqueza conmovedoras el sentimiento que los chilenos anhelaban transmitir al otro lado de los Andes, frente a los horizontes oscuros de la humanidad...

La última mano que retuve en las mías fué la que no volveré a estrechar. Me enteré del mal estado de salud de Armando Donoso hace pocos meses, y en carta reciente, recibida el 14 de enero, decíame su hermano Ricardo: «Le agradezco su interés por la salud de Armando, quien desde fines de octubre se encuentra en Nueva York y debe estar aquí de regreso en el curso del presente mes. La última esperanza de mejoría estaba en los médicos norteamericanos; pero parece que ya debemos darlo por perdido para la literatura». ¿Era ése el viaje compensador? ¿Y había de regresar del mismo para renunciar a la vida del espíritu? Tres días después, un cablegrama de Nueva York comunicaba su muerte a nuestros diarios